

(02072)

La primera final

Sábado previo al partido

La concentración se les había hecho larga y tediosa a la mayoría de los componentes del equipo; sencillamente, no estaban acostumbrados. Muchas horas muertas y muchas horas hablando de lo mismo, viendo a las mismas personas. Se planteó salir la noche del viernes a la ciudad cercana –se hospedaban en el extrarradio– a tomar una copa y divertirse un rato, pero el místico había vetado la ocurrencia. Resentidos, un grupito se escapó tras el toque de queda y, como era de prever, se liaron y no volvieron hasta bien entrada la noche.

Por la mañana su rendimiento bajó notablemente, y sus ojerás los delataron. Hubo un revuelo en la dirección técnica del Rayo y se propuso apartarlos del equipo. Pero era una locura... Si se habían concentrado para ganar el último partido de la liga no tenía sentido auto-incautarse cuatro buenas armas para ese encuentro.

El malestar fue general, y en la charla antes de la comida hubo un cruce de acusaciones. Finalmente acordaron que la sanción sería económica, puesto que eran profesionales. La herida se cerró en falso, y en el entrenamiento de la tarde los nervios afloraron, produciéndose un conato de tangua en el que participaron hasta seis jugadores. La concentración apuntaba a convertirse en un desastre, si es que no lo era ya.

En Mospintoles, ajenos a todo aquello, se vivía una ola ascendente de emociones desbordadas, pasiones desmedidas, patrioterismo chico, nervios, expectación... La gente chillaba en la calle más que hablaba, el griterío de los niños era constante, se asistía a una peligrosa exaltación de los ánimos, una histeria colectiva creciente, y aún se llegaría al paroxismo en la tarde del domingo.

Pero todavía era sábado y nadie tenía noticias de los valerosos milicianos mospintoleños que habían partido a fin de mejorar su rendimiento. Los rivales, atentos a devolver la pelota de la provocación, habían llegado a Mospintoles el mismo sábado por la mañana, y se ejercitaban ahora en los campos de entrenamiento del Rayo, hollando así sus cuarteles, tras conseguir el permiso forzado del Ayuntamiento. Un nutrido grupo de curiosos había acudido a ver el entrenamiento de los foráneos, pero fueron rechazados porque su místico había decidido hacerlo a puerta cerrada.

—¡Esto no se puede consentir! Somos de Mospintoles y no pueden prohibirnos entrar en nuestras instalaciones –gritaba desde la calle un ciudadano indignado.
—Vamos por el complejo deportivo. Quizá podamos alquilar el otro campo para jugar una pachanga. A ver quién nos dice que no podemos dejar de jugar y mirar.

Aquello amenazaba con un motín ciudadano. Parecido al que don Faustino estaba sufriendo a manos de Said.

—¡Abuelo! Yo quiero ir a ver el partido. Vamos a por unas entradas. Venga, vamos ya.

—No Said, esta vez no vamos a ir –don Faustino no quería ni oír hablar de la reventa; eso si es que quedaban aún entradas sin vender.

—Pero yo quiero ir. Todos van a ir. Y nosotros tenemos que ir.

—No quedan entradas ya, Said. Pero te aseguro que esta vez a mí también me gustaría verlo.

—Pero quizá haya alguien que tenga entradas y no pueda ir a verlo... –Said no se daba por vencido. En su mente infantil ya intuía que las cosas se compran y se venden por un precio.

—Te diré lo que vamos a hacer, que me saldrá más barato... y será menos peligroso... y menos tóxico para ti. Voy a comprar un televisor de plasma y veremos el partido por TeleMadrid, con bocadillos incluidos. Y pondré un *subwoofer* si es necesario, que no sé qué diablos es, pero me ha dicho Manolo que da resultado para crear ambiente.

—¿Y va a venir el tito Manolo?

—Podemos invitarle, y que traiga él los bocadillos. Pero a lo mejor tiene mejores cosas que hacer...

Domingo de partido

Por la mañana Mospintoles se despertó engalanada con los colores azul y amarillo del Rayo. Había una banda tocando en las inmediaciones del estadio desde bien temprano, y López había pagado a otras dos bandas de pasacalles para que amenizaran la zona de bares y circularan por las más concurridas arterias de la ciudad. Habían vuelto a contratar aquel autobús de dos alturas y se repartían pegatinas y pósteres del equipo. La tienda del club estaba abierta, e hizo una caja importante. A pesar del buen tiempo se agotaron las bufandas, y las gorras y las camisetas. Las más demandadas eran las de Piquito y Chili, y la de Metzger se agotó después.

A las doce en punto hubo una traca con cohetes desde la plaza del ayuntamiento, y el estruendo duró por espacio de veinte minutos. Los vecinos más jóvenes circulaban con las ventanillas de sus coches abiertas y la música a todo volumen con el himno del Rayo. De repente un griterío ensordecedor se dejó sentir en las inmediaciones del ayuntamiento tras la traca final. Estaban colgando una gran pantalla de unos mástiles en los que nadie había reparado. La música, especialmente alta, atronaba desde unos enormes altavoces. Una vez instalada la pantalla gigante comenzó a visionarse un vídeo con la historia del Rayo, que se vendía al precio de veinte euros. Luego se comenzaron a retransmitir las imágenes del partido del año pasado, el partido en el que el Rayo logró el ascenso a segunda con aquel hat-trick de Piquito. La voz del comentarista resonaba en la plaza del ayuntamiento. La multitud que allí se iba congregando sabía que debían aguardar a la segunda parte para asistir a la

remontada, y cuando por fin llegó chillaron, saltaron y se abrazaron unos a otros como si fuera la primera vez que vivían aquel partido. Los hubo incluso que, dejándose llevar por la emoción, lloraron de felicidad a lágrima viva.

En la concentración del Rayo las cosas se habían distendido un tanto con la llegada del domingo. Por la tarde jugarían el partido de sus vidas. Otro partido de sus vidas. Y luego, en caso de victoria, aún vendrían tres más.

El equipo se había ejercitado levemente por la mañana para desentumecerse. Ahora paseaban por los jardines del hotel. Había vuelto la calma, o al menos eso parecía, y comenzaban de nuevo, tímidamente, las bromas entre ellos.

A la concentración del Rayo habían acudido, además del cuerpo técnico, el médico del equipo y el fisioterapeuta. El médico había hecho el pertinente estudio bromatológico de los menús, el fisio había trabajado horas extras por las noches a fin de recuperar algún lesionado, pero sobre todo relajando tensiones acumuladas en las cervicales y en la parte alta de la espalda: el SPA del que disponía el complejo hotelero en el que se hospedaban no había sido suficiente para descargar estrés, aunque fue muy celebrado por todo el conjunto. El utilero del equipo se había encargado de la logística, pero hubo de hacer un par de viajes a Mospintoles durante la concentración a fin de tenerlo todo a punto aquí y allí.

De Mospintoles llegaban noticias... La gente se había vuelto loca y sólo se hablaba del Rayo y del partidazo de la tarde. Se cruzaban apuestas sobre el resultado, las cuales daban como favorito al Rayo. Al final había sido buena idea alejarse de Mospintoles.

Llegó la hora de la comida. Ante cada plato, como cada día, había en el vaso una pastilla de vitamina C efervescente. Aquello prevenía a aquellos apolíneos héroes de atrapar un inoportuno resfriado merced a una bajada de las defensas propiciada por el estrés, la tensión, el nerviosismo... El doctor se ocupaba hasta de los más leves detalles, siguiendo instrucciones directas de López.

Mientras el equipo tomaba asiento en el comedor reservado en exclusiva para los componentes del Rayo, en la cocina tenía lugar una curiosa escena.

En tanto los cocineros se desenvolvían en sus quehaceres el jefe de cocina entró acompañado de alguien a quien indicó dónde se encontraba el agua destinada a la comida del Rayo. En una esquina estaban los cinco paquetes de seis botellas de litro y medio cada uno reservados para la vitualla de ese día. Este agua era de una marca que había sido traída expresamente desde Mospintoles, a fin de evitar alguna intolerancia inesperada.

Dicho personaje, sin que nadie le prestara especial atención, colocó las botellas sobre una encimera de acero inoxidable y acto seguido fue pinchando con la

aguja de una jeringa uno a uno cada tapón de cada botella. Parsimoniosamente, en cada una vertía la mitad del líquido transparente que había extraído previamente de una ampolla. Concluida la operación, sin ni siquiera haber rasgado el plástico de cada paquete, dejó las botellas sobre la encimera y recogió su pequeño maletín. Cuando marchó pudo oírse un comentario entre los pinches de cocina:

—Para que luego digan que no hay dopaje en el fútbol...

—Nosotros a lo nuestro, que es la cocina. No nos pagan por cotillear –sentenció el jefe de cocina.

Concluida la tempranera comida –no eran las 13:00 h. cuando se levantaron de la mesa– los jugadores fueron a sus habitaciones para descansar antes de partir rumbo a Mospintoles, rumbo al punto del conflicto. La gerencia del hotel había accedido, a cambio de moneda corriente, a reservar las habitaciones del Rayo hasta las 15:00 h.

Minutos después de esa hora todos sin excepción estaban haciendo cola ante el autobús de superlujo que les llevaría de vuelta a Mospintoles. En el autobús, destinado exclusivamente a los jugadores y el míster, podrían ir descansando plácidamente, y el conductor tenía orden expresa de no superar los 80-90Km/h a fin de no alterar el ritmo de nuestros gladiadores con sacudidas innecesarias.

Tras un descansado viaje, el equipo llegaba a Mospintoles casi con tres cuartos de hora de adelanto sobre el horario que López había anunciado en su nota de prensa. Aquello pilló desprevenida a la comitiva de recibimiento que les estaba aguardando. La noticia circuló como la pólvora por la ciudad, pero para cuando quisieron organizarse los jugadores ya se habían introducido en el estadio.

—Este López siempre se guarda un as en la manga, ¡hay que joderse! –expresó su queja uno de los ultras más activos.

—Quizá sea mejor así... Si realmente están *concentraos*, mejor que nada les distraiga –remató un compañero.

A la hora del partido el estadio estaba lleno a rebosar. La música, el colorido, el estruendo de cohetes y petardos... El inusual despliegue policial –el partido había sido calificado de alto riesgo a última hora a la vista de los festejos organizados por el Rayo–, el bullicio de la muchedumbre, el sol radiante que alumbraba Mospintoles aquel día... Todo parecía conjurado para ganar la primera de aquella serie de finales que darían con el Rayo en la primera división española.

En el palco VIP estaba la futura alcaldesa con su consorte, dos actores de talla nacional sobradamente conocidos y confesos seguidores del Rayo, López y su cuerpo directivo, los tres presidentes de los equipos madrileños de primera que no quisieron perderse la persuasiva invitación de López, el presidente de la federación madrileña –el de la nacional se había disculpado por un compromiso adquirido previamente–, el presidente de la LFP, el del comité de árbitros...

López no había dejado a nadie importante del mundo del fútbol sin invitar, que habían podido acudir porque la liga de primera ya había concluido. Curiosamente no había nadie del sector del empresariado, que nunca faltaban en el palco del Rayo. Después de todo el palco VIP no era demasiado grande so pena de dejar de ser VIP. Pero se habían habilitado convenientemente otros palcos menores para el tejido patronal de la ciudad y sus compromisos.

López estaba tranquilo, relajado, distendido... Se podría decir que incluso estaba ausente, saludando a unos y a otros desde una lejanía indolente. Circunspecto, nadie podría decir que un ápice de nerviosismo circulaba por su cuerpo. Era como si conociera de antemano el resultado.

Comenzó el partido y la afición del Rayo redobló su jaleo. Eran incansables, animando a su equipo durante todo el encuentro lo mismo fuera el resultado adverso o favorable. No se tomaban un respiro. La prensa nacional ya había comparado a la afición del Rayo con la envidiable afición del Athletic de Bilbao, año tras año destacada como la mejor afición de España.

El Rayo había sacado de centro y rápidamente el balón cayó a la banda derecha del ataque. Raudó, el interior subió el balón permutando su posición con el extremo. Piquito y Chili subieron a las inmediaciones del área. El balón cayó a los pies del segundo, quien tras un corto regate chutó a puerta. El portero, que apenas se había ajustado los guantes, no esperaba tan fulgurante comienzo. Su colocación no era la más óptima y no llegó al balón, pero el cuero se estrelló en el larguero. Un lamento enorme se dejó sentir por todo el estadio. Pudo oírse cómo vibró el travesaño, pero el balón cayó a los pies de un lateral que inició rápidamente el contraataque.

El esférico estaba ya en el centro del campo, controlado por el organizador del juego, que abrió el balón a su izquierda, pensando que tras la galopada por aquella banda el interior no llegaría a tiempo. Así fue y la pelota –como es sabido– corría más que los hombres. Control y pase, ahora la bola fue colgada al arco que se extiende delante del área de penal. El delantero centro controló con el pecho en la frontal del área, de espaldas a la portería, se revolvió y soltó un zurdazo que enfilaba rumbo a la escuadra, pero apareció la testa de Meztger que desvió el balón a córner.

La ovación fue de gala para ambos equipos. El partido iba a ser de los de ver de pie, de los de ver en vídeo una y mil veces. En el palco los más imparciales aplaudían. Los otros también. Se botó el córner, que acabó en las manos del portero, que habilitó rápido al lateral izquierdo que ya corría hacia la mediana del campo, cuando aún se hablaba de las dos jugadas iniciales en las gradas y en los palcos.

La tensión no decayó durante diez minutos. Era un partido jugado a la antigua usanza, los ataques habían perdido el respeto a las defensas, un partido jugado

a la inglesa, ese fútbol eléctrico que mantiene a los aficionados en pie constantemente.

Y no era para menos. Sólo uno alcanzaría la plaza que daba acceso a jugar la promoción. El empate no le serviría a ninguno, salvo derrota altamente improbable de las otras dos escuadras que optaban a esa sexta posición. El hecho era que tanto el Rayo como su rival de hoy dependían de sí mismos para soñar con el ansiado ascenso.

Pasado el cuarto de hora se notó una baja en el rendimiento del Rayo. Al principio fue inapreciable, pero pasado el ecuador de la primera mitad fue notable que los rivales se anticipaban una y otra vez a los jugadores del Rayo. Incluso Piquito, siempre tan explosivo, había dispuesto de una manifiesta ocasión de gol que marró por entretenerse incomprensiblemente controlando en exceso el balón. Hacia el final de la primera parte se podía decir sin temor a equivocarse que en todas las filas del Rayo reinaba la imprecisión, tanto en el pase como en el control. E incluso parecía que las ideas no estaban frescas.

Los jugadores corrían, eso sí, pero no llegaban a tiempo a ninguna parte. Y llegó el gol en el minuto cuarenta. Metzger, incomprensiblemente, pues había sido destacado a lo largo del campeonato como el mejor defensa de la segunda división, había fallado en su marcaje y el medio-punta fusiló a placer al portero, que ya había cantado en dos ocasiones anteriores sin consecuencias para el marcador.

El público seguía animando, pero empezaban a ser conscientes de la superioridad del otro equipo.

Llegó el descanso y los jugadores del Rayo, todos boqueando sin excepción – salvo el portero–, se retiraron a los vestuarios, más cansados de lo que era habitual. Quizá el excesivo calor les estaba pasando factura. Convendría hidratarse convenientemente en el vestuario.

Iniciada la segunda parte el Rayo pareció recobrase y gozó de una ocasión de gol maravillosamente atajada por el cancerbero rival. A los diez minutos de juego fue evidente que el equipo estaba roto... Lento, impreciso, espeso, incapaz de llegar al balón, era superado una y otra vez por los rivales, que al cuarto de hora lograron el segundo gol.

Pero aún había capacidad de reacción. El equipo se había sobrepuesto a baches de este tipo en otras ocasiones. Cabía reorganizar las filas e irse a por el empate. Aún había tiempo, y no sería la primera vez en esta temporada que el Rayo superaba en casa un 0-2 marcando el gol de la victoria en el descuento.

Para cuando el árbitro pitó el final del partido el Rayo había encajado un 0-5... Otra manita para acabar la temporada, como la cosechada en el partido inaugural. Esta vez sin el insípido gol de la honrilla.

La decepción se había adueñado hacía tiempo del equipo, e incluso el capitán pidió al árbitro que no descontara nada. Éste se negó y hubieron de apelar al buen criterio del capitán rival para que la cuenta no se engrosara ominosamente.

Rabia, cabreo... y hasta llantos y desesperación en el vestuario del Rayo... Vísperas de mucho, días de nada, reza el refrán. El destino había sido cruel con el Rayo, aupándole a una magnífica clasificación sólo para dejarlo caer al vacío desde lo más alto de su propia historia.

A la salida del estadio se pudieron escuchar todo tipo de comentarios:

- Algo les ha *pasao*. Ha sido *to'* muy raro.
- No eran ellos. No han *jugao* como saben.
- Eso es que les han *envenenao*.
- ¿¡Qué dices!? ¿Cómo les van a haber *envenenao*?
- Una "*envenenación alimentaria*" o algo de eso.
- No veis más que fantasmas. Nos han *pasao* por encima y punto.

Y en otro corrillo cercano:

- Que no, que no eran normales. Si hasta el Metzger estaba fuera del partido.
- Pero no es normal que todo el equipo estuviera *tirao*.
- Pero si empezaron atacando. ¿O ya no os acordáis del comienzo?
- Ya, pero fue un espejismo. Al cuarto de hora ya estaban con la lengua fuera.
- ¡Qué dices! El bajón lo tuvieron en la segunda parte. Echaron el resto en la primera y no supieron dosificar.

Y un poco más allá:

- No es normal que nos metan cinco. No como estaba jugando el equipo.
- Pa'* mí que esa concentración de los cojones los ha jodido pero bien.
- A saber que ha *pasao* allí. Lo mismo se estuvieron tocando los huevos todo el día.
- O al revés... Igual se han *pasao* de entrenamiento, todo día corriendo sin parar para llegar y cagarla el día del partido.
- Es que no están *acostumbraos* a esto de las concentraciones. Eso es para la selección.

En otro grupito:

- El López los ha jodido con su rollo de llevárselos para aislarlos de la gente.
- ¡Hombre!, no lo habrá hecho *pa'* joderlos. Que él también ha perdido su pasta. Mira todo lo que ha *montao* antes del partido.
- Bueh, ese lo que pierde por un lado lo recupera por el otro.
- Pero para el hubiera sido mejor subir, que se juega su pasta.

- Debe estar ahora de un cabreo...
- ¿Dónde tomamos unas birras?
- Vamos a la plaza del ayuntamiento, que habían puesto una pantalla gigante y habrá gente.
- Bueh, estarán con los ánimos hundidos.
- ¡Que va, hombre!, que hay que divertirse, y el año que ya veremos.
- ¡Hey!, que estamos en segunda. Quién lo iba a decir hace tres años, ¿eh?
- Y el papelón que hemos hecho este año en segunda, ¿qué, eh?
- Bueno, quitando este partido. Pero que nos quiten lo *bailao*. Que hace un año ya hubiéramos *firmao* para mantener la categoría sin apuros.
- ¡¡Vamos!! Alirón, alirón, el Rayo campeón.

La afición, a falta de una victoria deportiva que echarse a la boca, se montó la fiesta por su lado. Pronto se pasa página, que no estamos en un valle de lágrimas para sufrir, y el sentimiento generalizado era el de haber realizado una estupenda campaña. Había que aprovechar la tarde-noche del domingo para divertirse.

¡Alirón, alirón, el Rayo campeón!

* * * * *

Epílogo

Dos días después de la goleada encajada por el Rayo a domicilio, López se llegó hasta el campo de golf de Mospintoles dirigiéndose con prisas a la casa club. Allí entregó un resguardo al empleado para retirar un bulto de la consigna del establecimiento. El empleado le miró inquisitivamente y solicitó ver su DNI: "He de cotejarlo con el número que aparece en el resguardo antes de entregar nada, señor", le explicó.

López, despreocupadamente, le respondió que no lo llevaba encima. El empleado insistió, y López, visiblemente molesto, le conminó a que le entregara el bulto, "ya que no estamos entre ladrones", matizó.

El empleado, terco, dijo tener órdenes claras al respecto, y López, un tanto irritado ya, le espetó: "Si quiere conservar su empleo límitese a hacer bien su trabajo". El empleado, lejos de amilanarse, repuso: "Con todos los respetos, señor, es lo que estoy haciendo en estos momentos".

La situación se volvió tensa y pareció estancarse en este punto, pero el encargado del campo, atento al quite, intervino: tras saludar al cliente llamó aparte al empleado, y sin elevar la voz pero de forma que López pudiera oírlo con claridad amonestó con cierta dulzura al empleado: "La función más importante de su trabajo consiste en guardar discreción; por favor, entregue el bulto al señor, que es persona conocida en esta institución". A continuación se dirigió a López y se disculpó: "Lo siento señor, no volverá a ocurrir".

El empleado regresó de una habitación de acceso privado con una bolsa de deporte. López abrió los ojos desorbitadamente. La bolsa era un artículo de promoción y propaganda con el escudo del rival del Rayo del pasado domingo bien visible en los dos laterales.

Por unos segundos fue patente que López se encontraba algo azorado con la situación. Miró a los dos socios que en ese momento salían de la cafetería y que le habían reconocido. Pero como no es hombre que se deje arrastrar por la zozobra, sin dar importancia a la situación explicó en voz alta: “Un intercambio institucional... debían haber sido más prudentes, pero hay quien no sabe guardar las formas... Señores, tengan todos ustedes muy buenas tardes”.